3 0112 105478967

Biblioteca DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Madrid, 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

JULIAN EL CARPINTERO.

Comedia en tres actos, traducida del francés por D. J. M., *para representarse en Madrid el año de* 1848.

PERSONAGES.

La condesa de Vernange.
Luisa Lambert.
Dionisia, *su sobrina.*
Julian
Rossignol } *carpinteros.*
Blondeau, *agente de negocios.*
Fermin, *dependiente de una casa de comercio.*
Victor, *criado de la condesa.*
Francisco, *artesano.*

La escena es en París, 1842.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin, donde de ordinario se reunen los artesanos los dias festivos en las inmediaciones de París.

ESCENA PRIMERA.

Francisco, *sentado á una mesa en primer término, y fumando;* Blondeau, *entra y examina la escenas. Hay varios artesanos, hombres y mujeres, sentados en otras mesas; su trage por lo general es blusa azul y gorra.*

Blon. Segun las instrucciones que he recibido, este es sin duda el parage donde acostumbran á reunirse los carpinteros en los dias festivos. Cáspita! Y es muy pintoresco el sitio! Nunca se me hubiera ocurrido venir á él, á no ser por esta circunstancia!.. Oh! es preciso confesar que estas gentes disfrutan los placeres de una manera, que jamás disfrutamos los que vivimos en el gran mundo... No sé de qué medios valerme para conocer á las personas que busco, y que tanto interés tengo en encontrar. Por otra parte, creo que esto no me será muy dificil, pues segun los informes que me han dado, esa familia se reune aqui todos los domingos. Puede que recorriendo los grupos, oiga pronunciar su nombre, y entonces siguiéndoles la pista... (*repara en Francisco.*) Mas alli hay un jóven, que por sus trazas parece frecuentar amenudo estos lugares; tal vez pueda darme algunas noticias... probemos. (*se sienta en la misma mesa que Francisco; en las otras habrá animacion de ir y venir, pero sin ocasionar ruido.*) Buenos dias, amigo; hoy está poco animada vuestra sociedad.

Fran. (*mirándole sin dejar de fumar.*) Aun es temprano!

Blon. Segun eso, vos concurris todos los domingos?

Fran. No pierdo uno. Este es el jardin donde por lo general nos reunimos los artesanos de Paris.

Blon. Entonces, conocerá usted á la mayor parte?

Fran. A casi todos.

Blon. Y ha oido usted nombrar á un tal Lambert?

Fran. Son varios los que tienen ese apellido.

Blon. Este es un carpintero que se llama Julian.

Fran. Oh! le conozco mucho! Escelente jóven!

Blon. Tal vez venga con su familia...

Fran. Todos los dias, y en verdad que me admira no encontrarle ya por estos sitios. Mas alli está su amigo Rossignol, y él podrá daros mas pormenores. Servidor. (*vase.*)

ESCENA II.

Blondeau y Rossignol, *que viene por donde se va Francisco, los cuales al encontrarse se saludan.*

Ros. Aun no han venido, los esperaré aqui. (*re-*

parando en Blondeau.) Ola, este señor me parece que no es de los nuestros!.. y no recuerdo donde le he visto otra vez!

BLON. Segun acabo de saber, sois amigo de Julian Lambert.

ROS. Mucho; como que nunca nos separamos, ni en el trabajo ni en las diversiones... Pero antes de pasar adelante, permítame que á mi vez le dirija una pregunta. Yo conozco á usted mucho, pero no recuerdo en donde ha sido.

BLON. En Paris sin duda.

ROS. Sois agente de negocios?

BLON. Yo?

ROS. Cáspita, cualquiera diria que os enoja semejante profesion! Quiere usted acompañarme y beber conmigo una botella de vino?

BLON. Gracias; no acostumbro á tomar nada antes de la comida.

ROS. Yo tampoco; pero hoy he bebido alguna cosa, porque deseo estar alegre para acompañar á Julian; conque si usted gusta ..

BLON Ya he dicho á usted que se lo agradezco.

ROS. Como! Usted no acepta?..

BLON. No señor.

ROS. Pues eso es hacerme un desprecio, y no acostumbro á recibirlo de nadie; lo entendeis, caballero?

BLON. Yo no desprecio á usted; pero no me acomoda beber.

ROS. Tanto mejor, beberé solo; pero ya tendré ocasion de pagaros en la misma moneda, y entonces, no la desperdiciaré.

ESCENA III.

Dichos, y JULIAN.

JUL. Buenos dias, amigo mio.

ROS. Llegas á buen tiempo; ese quidam ha rehusado beber conmigo una botella de vino, y ya que has venido, la vaciaremos juntos. (*hablan ap.*)

BLON. (Daré una vuelta por estos jardines, y tal vez sea fácil encontrar á la familia que busco.) (*vase.*)

ESCENA IV.

JULIAN *y* ROSSIGNOL.

JUL. Y quién dices que es ese hombre?

ROS. No lo sé; me parece un agente de negocios; ha preguntado por tí, por tu familia..

JUL. Por mi?

ROS. Si, mas no me dijo con que objeto.

JUL. Ya volverá á buscarme, si gusta. Sabes que noto en ti cierto buen humor...

ROS. Eso consiste en que he comenzado bien el dia... Ya ves, los domingos se pasan tan pronto... Se me figura que son los dias mas cortos del año!

JUL. Escucha, Rossignol; eres un buen amigo y sabes cuanto te aprecio; ya se vé, unidos desde la niñez, nuestros gustos, nuestras costumbres son iguales. Esta amistad me da derecho para hablarte con franqueza, y espero acojas mis consejos con la misma sinceridad que lo has hecho otras veces. De cierto tiempo á esta parte, noto en tí gran aficion hácia la bebida, y á continuar de esta manera, pudieran reproducirse con frecuencia los sucesos del domingo pasado.

ROS. Adelante.

JUL. Luego, alguna que otra falta...

ROS. Otra? A ese paso acabarás por decirme que no tengo cualidad buena!

JUL. No, hombre; lo que quiero reprenderte es, tu mucho desarreglo y falta de economia; antes de abolirse las jugadas de la loteria, siempre estabas jugando.

ROS. Eso prueba mis deseos de prosperar.

JUL. Desde que cesó el juego, asi que reunes algun dinero, al momento lo empleas en todo género de especulaciones, que por desgracia las mas de las veces suelen salirte mal.

ROS. Tienes razon, me persigue la desgracia que es un portento. Figurate lo que me sucedió hace dos semanas, cuando acababa de cobrar mis jornales del mes. Pasaba por junto á la Bolsa, al mismo tiempo que de ella salia Beltran, un agente de cambios. Hablando del estado de los negocios, y de las infinitas sociedades anónimas que se formaban, la mayor parte con el objeto de esplotar el bolsillo del prójimo, me propuso la compra de unas acciones de cierta fábrica de jabon, que segun sus informes contaba con edificio propio y grandes productos. Quién rehusa á la tentacion de verse algun dia propietario!

JUL. Si, y la cual acaba de declararse en quiebra.

ROS. Es cierto; pero tengo la culpa de semejante desgracia?

JUL. Ojalá que esta leccion te sirva de escarmiento.

ROS. Te juró que será la última; está visto, maldita la suerte que tengo para el comercio!

JUL. (*abrazándole.*) No sabes cuanto me alegro al notarte tan razonable! Sin esta maldita ocurrencia, no me hubiese visto obligado á sacar mis fondos de la caja de ahorros! Oh! y no creas que lo digo por echártelo en cara, nada de eso; sino que si aprecias en algo esta prueba de cariño, me prometas la enmienda para lo sucesivo.

ROS. Te la prometo; y en cuanto á tu dinero, vive tranquilo, que si no te lo pago, no será por falta de voluntad.

JUL. Por qué no imitas á nuestros compañeros? Deja en buen hora á los agiotistas enriquecerse ó arruinarse en sus clandestinas especulaciones. Trabajemos asíduamente, y guardemos el fruto de nuestras economías; esto no podrá hacernos ricos, pero tampoco arruinarnos; nunca falta pan al que es honrado y laborioso; y sea cual sea la suerte en que uno ha nacido, puede labrarse su fortuna si tiene constancia y quiere trabajar.

ROS. Bien sabes que aborezco á los holgazanes.

JUL. lo que debes hacer ahora, es seguir mi ejemplo y casarte.

ROS. Deja que encuentre una novia como la que tú has elegido; tu prima Dionisia es un ángel.

JUL. Este matrimonio hará mi felicidad y la de mi madre, que ha educado á Dionisia como á una hija, y la quiere tanto ó mas que á mi.

ROS. Cuan buena es tu madre! Si yo tuviera una asi... pero por desgracia, no llegué á conocer la mia.

JUL. No sabes lo que la debo! Ayer me decia: Ju-

lian, cuando murió tu padre, eras muy niño para cuidar de la herencia que nos dejó: despues de aquella desgracia, sufrí otras muchas que me obligaron á vender cuanto poseiamos; sin embargo, á fuerza de trabajos os he educado á Dionisia y á tí; ambos sois el apoyo de mi vejez!! Oh! y no se engaña, porque no la abandonaremos jamás.

Ros. No necesitas decirlo, pues ya sé cuanto amas á tu madre; pero ¿cómo es que aun no ha venido?

Jul. Salí antes que ellas, con el objeto de evacuar algunas diligencias para arreglar nuestro matrimonio, y creí encontrarlas aquí Su tardanza empieza á inquietarme

Ros. No debe parecerte estraña, porque una muchacha jóven y bonita, y en vísperas de casarse, no sale á la calle sin sus veinticinco alfileres. Y á propósito, ¿vas á gastar mucho en los preparativos de la boda?

Jul. No; todo lo haremos con la mayor sencillez. Si yo reuniese hoy una cantidad de cuatro mil francos y algun crédito, ¿sabes lo que compraria de muy buena voluntad? El taller del señor Cárlos.

Ros. El de nuestro maestro?

Jul. El mismo; tambien tiene poca suerte en sus especulaciones!

Ros. Como yo!

Jul. Y temo que cuando menos piense, se va á encontrar arruinado. Si llegase á poseer ese establecimiento, le haria valer mas que él; he aquí á lo que se limita mi ambicion.

Ros. Que no es muy grande; pero allí veo á tu madre y á tu prima.

ESCENA V.

Los mismos, Luisa *y* Dionisia.

Lui. A Dios, Julian: buenos dias, Rossignol.

Ros. Muy buenos, señora Luisa: parece que no vienen ustedes muy contentas!

Jul. Sí, noto cierta agitacion...

Lui. Vengo trastornada y Dionisia tambien.

Ros. ¿Qué ha sucedido?

Lui. Perdone usted, Rossignol, pero son cosas de familia...

Ros. Pues en ese caso, voy á dar un paseo por estos jardines, y luego me reuniré con ustedes. (*vase.*)

ESCENA VI.

Los mismos menos Rossignol.

Jul. Y bien, ¿qué ha sucedido? A qué viene esa agitacion que observo en las dos?

Lui. Julian, siempre has sido un hijo honrado y laborioso, y nunca nos has ocasionado el menor disgusto; pero esta mañana, poco despues de haber salido de casa, vinieron á darnos no muy buenas noticias sobre tu conducta.

Jul. ¿Sobre mi conducta?

Dio. Sí, pero no hay que creerlas, pues las ha dado una persona interesada en tu mal.

Jul. ¿Y quién es esa persona?

Dio. Fermin, el hijo de mi maestra: ya sabes cuanto me persigue, á pesar de mis desvios y de haberle manifestado que todos sus esfuerzos eran inútiles; pues esta mañana ha vuelto á casa; y yo, para quitarle toda esperanza, le dije que nuestro matrimonio era cosa decidida.

Lui. Y entonces nos dijo; pues bien, ya que usted lo desea, la pronóstico que será muy desgraciada, porque Julian es un mala cabeza, un jugador.

Jul. Yo?

Lui. Nos contó que acababas de perder todo tu dinero, y que habias retirado las economias que tenias en la caja de ahorros.

Dio. Es eso verdad, Julian?

Jul. Que lo sea ó no, es un infame el hombre que va á denunciar á otro, con el objeto de ocupar su lugar, arrebatándole el cariño de su madre y de su esposa. Yo le juro que me las pagará todas juntas Y si Dionisia lo prefiere á cualesquiera otro, es muy dueña de darle su corazon y su mano.

Dio. Qué dices, Julian? Has podido imajinar semejante cosa?

Lui. Pero aun no me has contestado, hijo mio; ¿es cierto lo que dice Fermin?

Jul. Jamás he cometido una mala accion, madre mia; es verdad que he retirado mis fondos de la caja de ahorros, pero ha sido para hacer un bien, cuyo uso contaré á usted mas adelante.

Dio. Basta, Julian, nosotras confiamos en tu buen corazon.

ESCENA VII.

Los mismos, y Rossignol, *que entra por el fondo.*

Ros. Se ha concluido la conferencia?

Jul. Ri. Rossignol; da el brazo á mi madre mientras yo le ofrezco á Dionisia para dar un paseo. (*se retiran por el fondo, y al mismo tiempo sale Francisco y Blondeau, el cual sigue con la vista á Julian y á Rossignol.*)

ESCENA VIII.

Blondeau, Francisco.

Blon. Tal vez son esos los mismos que busco (*dirigiéndose á Francisco.*) ¿Conoce usted á esa familia?

Fran. Sí señor: el que va delante es Julian Lambert, y el otro un tal Rossignol, su amigo; aquellas dos la madre y prima de Julian.

Blon. Con que, ¿dice usted que el primero es Lambert, el carpintero?

Fran. El mismo.

Blon. Gracias, amigo.

Fran. Servidor vuestro. (*se retira por un lado.*)

ESCENA IX.

Blondeau.

Largo tiempo he reflexionado acerca del modo como he de cumplir el encargo de la condesa, y cada vez encuentro mas dificultades. No, el asunto es muy delicado, y es necesario desplegar la mayor habilidad. Si yo pudiese hablar á solas á la señora Luisa, puede que tal vez.... (*mirando.*) Allí está con su hijo... Mas como llamar su atencion?.. Parece que se separan; sí, y la madre se dirije hácia aquí; la casualidad me favorece.

ESCENA X.

LUISA, BLONDEAU.

BLON. Señora, es usted la viuda Lambert?
LUI. Caballero. (*como admirada.*)
BLON. Ya hace rato que busco á usted.
LUI. Y se puede saber con quién tengo el honor de hablar?
BLON. Me llamo Blondeau, y soy agente de negocios; esta mañana me presenté en su casa, y no tuve el gusto de encontrarla, dirigiéndome á este sitio, donde me dijeron podria ver á usted, y hablarla de un asunto muy importante.
LUI. Puede usted empezar cuando guste, caballero.
BLON. Ya os he dicho que soy agente de negocios,
LUI. Entiendo; tal vez viene usted á reclamar alguna deuda de mi difunto marido; no soy rica, pero es justo pagar á quien debo; cuando usted guste puede pasarse por mi casa...
BLON. No se trata de eso, señora; usted tiene un hijo llamado Julian, que lleva el apellido Lambert.
LUI. Es de Julian de quien viene usted á hablarme?
BLON. Precisamente.
LUI. Y, qué relaciones puede conservar mi hijo con un agente de negocios?
BLON. Lo sabrá usted; Julian, ¿tiene el apellido de su padre?
LUI. Caballero...
BLON. No se sorprenda usted, señora; estoy enterado del secreto; Julian no es su hijo, y todo disimulo es inútil, pues debe considerar, que cuando la hablo así, tengo noticias muy ciertas; esto es lo que me trae á ver á usted; sé todo cuanto ha hecho por Julian, á quien habeis servido de madre.
LUI. Pues ya que le veo tan enterado, no tengo para qué negarle la verdad.
BLON. Sé el cariño que profesa usted á Julian, pero debo advertirla, que su madre existe y lo reclama, y que usted no tiene derecho alguno sobre él.
LUI. ¿Qué dice usted? Pues á quién sino á mi debe Julian la vida? Su madre lo abandonó, y á no haberle recogido, seguramente hubiese perecido. Si su madre le dió la existencia, yo se la he conservado; ¿cuál de las dos tiene mas derecho á su posesion?
BLON. Tenga usted presente, que la madre de Julian es una señora muy poderosa, y que podrá recompensarla generosamente.
LUI. Qué dice usted? Acaso os figurais, que pretendo me paguen lo que he hecho con Julian? La única recompensa que ambiciono es su cariño, y vivir siempre á su lado; separarnos seria darme la muerte.
BLON. Pues bien, entonces permanecerá siempre en la oscuridad y en la pobreza, y esto lo deberá á usted, que tanto le quiere; pero no crea que su resistencia sea un obstáculo para que Julian encuentre á su madre, la cual se halla decidida á recobrar á su hijo; y ni usted ni nadie podrán quitarla este consuelo; es necesario que accedais voluntariamente...
LUI. Y esa madre, que durante veinte y ocho años ha olvidado á su hijo, ¿no se acuerda de él sino para arrebatarle á mi cariño? Sin mi, Julian hubiera tal vez muerto de miseria, y ya que le he criado, jamás me separaré de él.
BLON. Reflexione usted, señora, que no es posible lo que dice, y que si quereis á Julian, es necesario que hagais algun sacrificio por él; cuando sepa su elevado nacimiento y empiece á disfrutar su inmensa fortuna, entonces podrá dar á usted pruebas positivas de cariño; lo único que tal vez suceda, será que su madre trate de casarlo con arreglo á su clase, en cuyo caso seria forzoso renunciar á la boda que, segun me han dicho, tiene usted proyectada.
LUI. Con que no es á mi sola á quien quieren ustedes hacer desgraciada, sino tambien á la pobre Dionisia?
BLON. Cálmese usted, señora; los beneficios de Julian y de su madre, podrán recompensar á usted, y á esa jóven, del disgusto que ha de causarles esta separacion.
LUI. Pero Julian no consentirá...
BLON. Yo me encargo de hablarle y de hacerle entrar en razon; asi no le diga usted una sola palabra de nuestra conversacion; mañana veré á usted en su casa, y quedará arreglado este asunto.
LUI. Dios mio! Verme privada de su cariño cuando me creia mas dichosa!..
BLON. El no la abandonará á usted nunca, yo se lo prometo; voy á ver á su madre, y mañana pasaré á veros. (*saluda y se retira.*)

ESCENA XI.

LUISA, *á poco rato* DIONISIA, JULIAN *y* ROSSIGNOL.

LUI. ¿Y para esto le he criado con tantos afanes? ¿para esto he hecho tantos sacrificios?
JUL. ¿Qué tiene usted, madre mia? Está usted llorosa.
DIO. Dios mio! qué pálida está!
ROS. Algun mareo sin duda; venga usted y daremos un paseo.
LUI. No, volvámonos á casa; me siento algo indispuesta y deseo descansar.
JUL. Pero cuál ha podido ser la causa de tan repentina indisposicion?
LUI. Nada, Julian; no te asustes; dame tu brazo y me apoyaré en él.
ROS. Y yo daré el mio á tu novia; vamos, señorita Dionisia.
LUI. Vamos. (*se retiran por el fondo y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon elegante en casa de la condesa de Vernange.

ESCENA PRIMERA.

BLONDEAU *solo, examinando unos papeles.*

Muy bien; los papeles están en regla; nuestro joven es efectivamente el hijo de Julian Durand y de la condesa, ¡oh necesidad á lo que obligas! La condesa de Vernange, la heredera de una noble y orgullosa familia, viuda del po-

bre Julian Durand, cuyo hijo no creo que sea muy feliz al encontrar á su verdadera madre. Pero bah! ¿qué me importa? La condesa debe quedar satisfecha de mi celo y habilidad, que espero serán bien recompensados; alguien viene; ella es.

ESCENA II.

La Condesa, Blondeau.

Con. Buenos dias, Blondeau; aguardaba á usted con una grande impaciencia: ¿qué ha sabido usted?

Blon. Todas las noticias que habia tenido el honor de comunicar á la señora condesa, son exactas. Su hijo de usted existe.

Con. ¿De veras? Ah señor Blondeau! me ha hecho usted la mas feliz de las mugeres.

Blon. La persona que se encargó de criarlo, lo abandonó efectivamente; pero en cambio lo recogió una escelente muger, que como usted puede conocer, lo ha educado y tenido á su lado sin el menor interés, lo mismo que si fuera su hijo; y de tal manera lo quiere, que por temor de perder su cariño, le ha dejado en el error en que está acerca de su nacimiento; el pobre joven cree que esa muger es su madre.

Con. Y ¿cómo lo ha educado? ¿Cuál es su posicion?

Blon. No es mas que un pobre carpintero.

Con. (*sorprendida.*) Un pobre carpintero? Un hombre del pueblo?

Blon. Si señora, no podiamos esperar mas. La muger que lo recogió era esposa de un carpintero, y como era natural, su hijo de usted aprendió el mismo oficio.

Con. Carpintero! el hijo de la condesa de Vernange!

Blon. Que hubiera muerto de miseria, á pesar de su noble alcurnia, sin la caridad de la muger de un artesano, que ignoraba el origen del pobre huérfano.

Con. Ilustre por su madre, porque ya lo sabe usted, Durand, el padre de mi hijo...

Blon. Si, Durand era un hombre del pueblo, que durante el reinado de los Cien dias, hizo un importante servicio á la familia del conde de Vernange, cuya hija y heredera, para manifestarle su agradecimiento ...

Con. Basta, basta, señor Blondeau.

Blon. No hablemos mas de semejante asunto: Durand, á quien usted tuvo á bien conceder su mano, era un hombre de bien, pero la diferencia de clase y de opiniones, le obligó á emigrar, y murió en pais estrangero, dejando á su hijo una inmensa fortuna. Sesenta mil libras de renta!

Con. De las cuales debo yo disfrutar la mitad.

Blon. Mientras su hijo de usted permanezca soltero, porque en casándose y teniendo hijos, todo es para él.

Con. Segun eso, no está casado aun?

Blon. Todavia no; pero tal vez muy pronto se verificará su matrimonio con una joven á quien él cree su prima.

Con. Pues es necesario impedirlo á todo trance: el conde de Eristel, mi pariente, con quien sabe usted que sostengo un pleito...

Blon. Cuya pérdida puede causar la total ruina de usted.

Con. Ciertamente; el conde tiene una hija á quien la naturaleza no ha dotado de gracias que puedan hacer fácil su matrimonio, á lo cual se añade el que su padre no podrá darla en dote cosa alguna; pero en cambio pertenece á la nobleza, y una vez casada con mi hijo, ya conocerá usted que el conde no seguirá pleiteando, y yo aseguro de este modo mi fortuna.

Blon. Tambien he sabido que la señorita Dionisia.....

Con. ¿Quién es la señorita Dionisia?

Blon. La novia de su hijo de usted; trabaja en el obrador de la modista de casa, y una feliz casualidad ha hecho que Fermin, el hijo de la modista, esté enamorado de la joven.

Con. Si pudiéramos arreglar su casamiento..... aunque para ello tuviera que hacer sacrificios, los haria gustosa; precisamente hoy espero á Fermin, que ya debia haber venido; la suerte parece que nos protege, y en cuanto á mi hijo.....

Blon. Lo he hecho llamar á esta casa con el pretesto de encargarle trabajo: conozco bien los negocios, y por lo que toca al del matrimonio, lo compondré de manera que su hijo de usted tenga que renunciar á él.

ESCENA III.

Los mismos, Victor.

Vic. Señora, el hijo de la modista dice que desea hablar con usted.

Con. A buen tiempo llega, que entre.

Blon. ¿Debo permanecer aqui?

Con. No, quiero estar sola con Fermin.

Blon. No tardaré en volver. (*se retira por el fondo y al mismo tiempo entra Fermin con una caja de carton debajo del brazo.*)

ESCENA IV.

La Condesa *sentada*, Fermin *de pie.*

Fer. Tengo el honor de saludar á la señora condesa.

Con. Buenos dias, señor Fermin; ¿trae usted las blondas que he encargado á su madre?

Fer. Si señora; aqui están. (*enseñándoselas.*)

Con. Oh! son escelentes; tienen ustedes los mejores géneros que hay en Paris.

Fer. Si la señora condesa tuviera la bondad de pasar un dia á nuestro establecimiento, tendria el honor de enseñarla un gran número de telas que la agradarian.

Con. Con mucho gusto; precisamente necesito hacer algunas compras; pero ahora hablemos de otra cosa, señor Fermin. El almacen de usted está muy acreditado, gracias á los desvelos de su madre, que es anciana, y creo que ya debe retirarse del comercio, reemplazándola usted en la direccion de la casa.

Fer. Tal es nuestro pensamiento, señora; pero no puede realizarse hasta que yo me case.

Con. Deseo el bien de usted y el de su madre, y si por mi parte puedo contribuir para que ese matrimonio se realice...

FER. Mi madre consiente desde luego en que me case, aunque mi elegida es pobre.

CON. Eso es obrar con desinterés.

FER. Si señora; yo no deseo mas que su corazon: es una joven que ademas de sus virtudes, está tan al corriente de los negocios de mi casa, que podria muy bien dirijirlos sin necesidad de mi: todos la queremos, y el dia en que llegue á separarse de nosotros, tendremos un gran pesar.

CON. Conque, ¿y esa joven trabaja en su casa de usted?

FER. Si señora.

CON. Y ¿cuál es la razon que se opone á ese matrimonio?

FER. Señora, no sé por qué Dionisia me mira con una antipatia sin límites; y no tiene motivos para obrar asi.

CON. Aun podriamos hacerla entrar en razon. Si yo pudiera hablar con ella...

FER. Usted, señora condesa, se dignaria interesarse por mi?

CON. Si, haga usted por enviármela hoy mismo.

FER. Mi madre la enviará con cualquier encargo.

CON. Que venga á cobrar los quinientos francos que debo pagar á usted.

FER. Voy, señora; dentro de unos instantes estará aqui Dionisia.

CON. Vaya usted; yo le prometo hacer en su favor cuanto me sea posible.

FER. Y ¿conque podré pagar á usted semejante bondad?

CON. Procure usted que no tarde mucho esa joven.

FER. Al momento la tendrá usted aqui. (*saluda respetuosamente y se retira.*)

CON. Creo que esto se presenta mejor que yo pensaba. (*toca la campanilla y aparece Victor en la puerta.*)

ESCENA V.

La CONDESA, VICTOR.

VIC. Señora...

CON. En viniendo el señor Blondeau dile que estoy en mi gabinete: tambien ha de venir una joven de parte de mi modista; en cuanto se presente la harás entrar.

VIC. Está bien, señora. (*la condesa se retira, á poco rato se presenta Rossignol.*)

ESCENA VI.

VICTOR, ROSSIGNOL.

ROS. (*hablando con uno que se supone está dentro.* ¿Dice usted que en esta sala?...

VIC. ¿Qué es eso?

ROS. Buenos dias, amigo; acaba de decirme otro criado que está en esa antesala, que usted me informaria del trabajo que debo hacer.

VIC. Y ¿quién es usted?

ROS. ¿Yo? Rossignol, oficial de carpintero en el taller del señor Carlos; me han dicho que debia trabajar aqui...

VIC. Poca cosa tiene usted que hacer; entre en esa habitacion y se lo dirán; procure usted concluir pronto.

ROS. No tardaré mas tiempo que el necesario para hacerlo con toda comodidad.

VIC. ¡Con toda comodidad! Bien podia usted escusar tanta conversacion.

ROS. Muchos humos parece que gasta usted, amiguito.

VIC. Gasto los que merecen las gentes de tu clase; desgracia nuestra es el tener que servirnos de ustedes.

ROS. Mira, sino callas te rompo la cabeza.

VIC. Tenga mas modo, y respete la casa en que se encuentra.

ROS. Tú eres quien debes respetarla, miserable, y respetarme á mi, que soy algo mas que tú. Si; porque aunque pobre, esta blusa oculta un corazon independiente y honrado, que jamás ha sabido humillarse como tú y los de tu despreciable clase, que no sabeis vivir sino en las antesalas de vuestros amos, y en las traseras de sus carruages; verdad es que yo visto una pobre blusa y tú un elegante trage, pero mi blusa demuestra mi independencia y laboriosidad, y tu trage humildad y holgazaneria.

VIC. Insolente! No se como he podido escucharte...

ROS. Escucha y creeme; tú y los de tu clase deben ser humildes con todo el mundo, y asi no os espondreis á oir verdades amargas. Conque, ¿me dirás lo que debo hacer?

VIC. Ya te he dicho que entres en esa habitacion. (*entra Rossignol en una habitacion de la derecha.*)

ESCENA VII.

VICTOR, *á poco rato* BLONDEAU.

VIC. Vaya si son orgullosas estas gentes del pueblo; pues no quieren ser iguales á los que vivimos al lado de grandes personages?

BLON. (*entrando.*) Dónde está la señora condesa?

VIC. En su gabinete, señor Blondeau.

BLON. Bien; salte afuera, y en viniendo un joven á preguntar por mi, hazle entrar inmediatamente.

ESCENA VIII.

BLONDEAU.

Por fin, pronto le tendremos aqui, y veremos el desenlace de semejante enredo. Seguramente, la condesa quedará complacida del celo conque he manejado tan complicado negocio, que gracias á mi habilidad, se va presentando mejor que yo pensaba. Julian vendrá sin sospechar la menor cosa, pues buen cuidado he tenido de que no sepa á donde viene. La viuda Lambert me ofreció no contarle una palabra de nuestra conversacion, de suerte que podré irlo preparando poco á poco; aqui está ya.

ESCENA IX.

BLONDEAU, JULIAN *con la gorra en la mano.*

JUL. Es usted, caballero, quien me ha hecho llamar?

BLON. Si, yo soy, señor Julian.

JUL. ¿Qué debo hacer en servicio de usted? Me han dicho que se me llama para encargarme de una obra dificil, y que exije grande habilidad.

BLON. Es verdad, y deseo saber...

Jul. No necesito presentar á usted testigos de mi capacidad; en la última esposicion de productos de la industria, obtuve el premio de la medalla de plata, que está aqui con este diploma que ve usted; perdone si parece que trato de elogiar mi escasa habilidad; pero creo que esta especie de amor propio puede ser permitida á todos.

Blon. Tiene usted razon; á ver esa medalla?

Jul. (*dándosela.*) Vea usted; esa es nuestra condecoracion; el militar que en defensa de la patria derrama su sangre, obtiene en premio de su valor una prenda que á todos lo demuestra: el magistrado, respetable intérprete de nuestras leyes, merece una distincion honorífica, y el artesano honrado y laborioso que trabaja para vivir, es tambien acreedor á alguna consideracion, y por eso se nos premia con esa medalla, que es nuestra cruz de honor.

Blon. Bien, señor Julian; esas son escelentes ideas.

Jul. Cada clase tiene su especie de nobleza. La nuestra, es decir, la de la gente del pueblo, consiste en no hacer daño á nadie, en trabajar para vivir, y muchas veces para que vivan otros; en vivir honradamente, y en adelantar en nuestro oficio. Aunque no conozcamos el lenguage y modales que se usan en la alta sociedad, porque cada cual es hijo de su educacion, un artesano en su clase puede valer tanto, ó mas quizá, que muchos elevados personages. Pero dispense usted, estoy hablando de un objeto muy distinto del que me ha traido á esta casa, y del cual no hemos tratado aun.

Blon. Es verdad.

Jul. Quiere usted manifestarme la obra que debo hacer?

Blon. No puedo hacer mas que esplicársela, porque no es en Paris, sino en una casa de campo donde debe usted trabajar; ¿podrá usted salir de Paris por algun tiempo?

Jul. ¿Por cuánto?

Blon. Por dos ó tres meses.

Jul. Ni por dos ó tres semanas; gano en Paris lo suficiente para mantener á mi madre, de quien jamás me he separado, y de quien no quiero separarme ahora: ademas que otros asuntos...

Blon. Bien; veremos el modo de arreglarlo todo; sentémonos y hablaremos despacio.

Jul. Como usted guste.

Blon. Voy á referir á usted una historia muy interesante.

Jul. Perdone usted; yo no he venido aqui para que usted me cuente una historia que nada me importe saber.

Blon. Es que yo se que le ha de importar á usted; présteme atencion; hace veinte y nueve años...

Jul. Pues la historia es algo antigua.

Blon. Ruego á usted que no me interrumpa; seria el año de 1813...

Jul. Aun no habia yo nacido.

Blon. Nació usted al año siguiente; hace, pues, veinte y nueve años, en el reinado de los Cien dias, una joven perteneciente á una familia distinguida...

Jul. Una señorita noble?

Blon. Que con sus parientes habia seguido en su emigracion al Rey Luis XVIII, volvió á Paris, en compañia de su padre, quien por causa de sus opiniones políticas se vió comprometido hasta el punto de hallarse espuesto á perder la vida. Servia entonces en la guardia imperial un joven oficial, hijo de un antiguo criado del padre de la señorita, que era un conde; este hubiera tal vez perecido sin el ausilio del joven oficial, que con peligro de su vida, salvó dos veces la del conde, á quien en recompensa pidió la mano de su hija.

Jul. Y el conde se la concedió, por supuesto?

Blon. Al principio no queria; pero temiendo verse en algun nuevo peligro, concedió al joven oficial la mano de la señorita.

Jul. Y esta, ¿lo amaba?

Blon. Consistió en aquel matrimonio, solo por obedecer á su padre.

Jul. Y, ¿se casaron?

Blon. Si, pero á los pocos dias se vió el joven militar obligado á marchar con su regimiento; hallose en la famosa campaña que dió la paz al mundo con la ruina del usurpador.

Jul. ¿Del emperador?

Blon. Eso quise decir; aquel joven no pudo volver á Francia, habiendo dejado en Paris á su muger, que al cabo de ocho meses dió á luz un hijo; durante este tiempo, murió el conde, dejando á su hija sus títulos y bienes, que habia recobrado con la restauracion; el esposo de la condesa continuaba emigrado, y murió al cabo de dos años en los Estados Unidos. La condesa no quiso publicar en la corte su matrimonio...

Jul. Y ¿por qué no quiso publicarlo?

Blon. Por la clase oscura á que pertenecia su marido; por esta razon, el niño fue entregado á una muger para que lo criara: esta lo tuvo á su lado algun tiempo, hasta que murió, y entonces fue recogido por una pobre muger que le ha criado lo mismo que si fuera su hijo.

Jul. Y á no haber sido por esa muger, Dios sabe si el niño hubiera perecido, y la culpa en tal caso habria sido de su madre, que nunca debió haberse separado de él.

Blon. Es que ya he dicho á usted que la madre no habia publicado su matrimonio, y por lo tanto no podia tener á su hijo en su compañia.

Jul. Es verdad; aquella señora no podia decir que estaba casada con un hombre del pueblo, con un valiente militar; un sentimiento de orgullo le impedia publicar su matrimonio, y valia mas sacrificar á su hijo, á quien tal vez no volvió á ver.

Blon. Al fin lo encontró: la buena muger que le recogió, le habia adoptado y educado, haciendo para ello considerables sacrificios.

Jul. Siempre en el pueblo se encuentran almas generosas; me va interesando la historia de ese joven.

Blon. Y ¿no le interesa á usted tambien la historia de la madre?

Jul. No me toca á mi el juzgar su conducta; pero si ademas del hijo puede interesar aqui alguna persona, es la pobre muger que lo recogió y lo adoptó; mi madre es una persona que hubiera hecho otro tanto, estoy seguro de ello.

Blon. El joven, que se llamaba Julian...

Jul. Calle! Tenia el mismo nombre que yo?

Blon. No solo encontró á su madre, sino que se

vió heredero de un título ilustre y colocado por consiguiente en una brillante...

JUL. Esa fue una buena suerte.

BLON. Considere usted cual seria la alegria de la condesa de Vernange.

JUL. Como! Vernange? Esta casa no es de la condesa?...

BLON. Exactamente.

JUL. Y ¿qué tengo yo que ver con la historia de esa señora?

BLON. Es que usted conoce á su hijo.

JUL. ¿Yo?

BLON. Usted.

JUL. No puedo entender lo que usted dice,

BLON. Pues ya debia usted haberlo comprendido; pero una vez que necesito esplicarme mas claro, le diré que la buena señora Lambert no es su madre de usted.

JUL. ¿Qué dice usted?

BLON. Que usted es el hijo de la señora condesa de Vernange, y el heredero de su título.

JUL. Caballero, si usted ha creido poder burlarse de mi...

BLON. No á fe mia: lo que he dicho á usted es la verdad.

JUL. Pues bien, si Luisa Lambert no es mi madre, á ella debo una vida que la otra abandonó sin compasion.

BLON. Conozco que debe usted amar mucho á esa buena muger, pero tenga presente, que su madre está aqui, y que aguarda impaciente el momento de estrecharle entre sus brazos. Vamos, sosiéguese usted; ¿á qué viene esa alteracion?

JUL. Me parece que el caso no es para menos.

BLON. Es verdad, pero es necesario tener serenidad; asi le dejo á usted, pues voy á decir á la señora condesa que estais aqui; dentro de un instante os hallareis á su lado.

JUL. No se como hablarla.

BLON. El corazon se lo dirá á usted. (*retírase por la misma puerta por donde antes entró la condesa.*)

ESCENA X.

JULIAN.

¡El corazon me lo dirá! Si mi corazon no la conoce! Creo es un sueño lo que me pasa; me encuentro conque la buena anciana á quien tanto debo, no es mi madre, y que esta es una señora de elevada clase. Si ella vistiera un pobre trage y habitára una humilde casa, pronto me arrojaria en sus brazos; mas parece que se acerca; si, ella será.

ESCENA XI.

JULIAN, *la* CONDESA, *que viene acompañada por* BLONDEAU; *este, despues de haber señalado á* JULIAN *se retira.*

JUL. (No sé como hablarla.) Señora...

CON. Parece que teme usted acercarse á mi? Creo que el señor Blondeau le habrá revelado el secreto de su nacimiento.

JUL. Si, señora...

CON. Quiero probarte la verdad de cuanto te han dicho. Si acontecimientos desagradables fueron causa de nuestra separacion, ya que hoy nos vuelve á unir la suerte, olvidemos todo lo pasado, para no pensar mas que en la dicha que me espera al lado de mi hijo, y á ti al lado de tu madre. Nuestra larga separacion me ha costado muchas lágrimas.

JUL. Lo creo, señora.

CON. Mi corazon siempre lloraba por ti; siempre tenia presente á mi Julian: asi se llamaba tambien tu padre, á quien conocí en circunstancias muy tristes.

JUL. Y en las cuales, segun creo, hizo á la familia de usted servicios eminentes.

CON. Si, aunque nacido en una clase oscura, tenia sentimientos dignos de un alma noble; á no haber sido por esto, nunca le hubiera concedido mi mano.

JUL. La nobleza del corazon, señora, existe lo mismo en la gente del pueblo que en la de la mas elevada alcurnia.

CON. Estoy persuadida de que tendrás esa nobleza de corazon, pero esto no es bastante; has de tener presente, que por tu madre desciendes de una antigua é ilustre familia, unida por los vínculos del parentesco á las mas poderosas de Francia; esto te impone nuevas obligaciones, y debes hacerte digno del alto rango que vas á ocupar.

JUL. Y ¿qué debo hacer?

CON. Es necesario que adoptes un nuevo método de vida.

JUL. Como! Mudar de costumbres, y tal vez de amigos?

CON. De otro modo es imposible que te presentes en la sociedad del gran mundo.

JUL. Y ¿qué falta me hace el presentarme en esa Sociedad?

CON. Cualquiera diria que miras con indiferencia el que la suerte te haya colocado en una posicion brillante, sacándote de la oscuridad en que te hallabas.

JUL. Señora, voy á hablar á usted con franqueza; desde que nos hemos visto, solo me ha hablado usted de su nobleza, de la sociedad del gran mundo, de la posicion que en este voy á ocupar, y apenas me ha hablado usted de mi padre; aun no he oido una palabra de esas que llegan al corazon. Es verdad que me ha dicho usted que es mi madre, pero hasta ahora no me ha dado permiso....

CON. ¿Para qué?

JUL. Para abrazarla.

CON. Hijo mio. (*abrazándose.*)

JUL. Asi, madre, asi.

CON. Tu aparente frialdad me habia impedido el decírtelo.

JUL. Y yo no me atrevia á hacerlo, porque me lo estorbaba la riqueza de ese vestido y de esta habitacion, y sus modales de usted tan distintos de los mios; pero en fin, usted es mi madre, y ya he tenido la dicha de abrazarla.

CON. Si, hijo mio; ojalá que nunca tengamos que separarnos.

JUL. Eso, jamás.

CON. Ahora volvamos á nuestra conversacion. Es necesario que poco á poco vayas adquiriendo el tono y maneras de la alta sociedad: ese embarazo que has manifestado al verme, debes abandonarlo para en adelante; ademas, cuando

te presentes á mi, no debes hacer otra cosa que besarme la mano.

JUL. Está bien, lo haré tal como usted dice.

CON. Otra observacion: aunque yo sea tu madre, en el gran mundo se acostumbra el que un hijo no use esa palabra como tú la usas; el buen tono exige que me llames señora.

JUL. El buen tono! ya me va fastidiando el buen tono.

CON. Qué espresiones! Es necesario que moderes tu lenguage: un maestro te enseñará...

JUL. (*riendo.*) Un maestro, á mi edad? Mejor seria enviarme á la escuela. Gracias á Dios y á los sacrificios que por mi ha hecho la buena Luisa Lambert, sé leer, escribir y contar, y tengo algunos conocimientos de dibujo y matemáticas: hablo regularmente nuestro idióma, y si uso algunas palabras vulgares, es porque siempre he vivido con sencillos artesanos. Pero tranquilícese usted mad... Señora; que sino soy un orador que pueda alternar en la cámara de los diputados, tengo sentido comun, y jamas diré una sola palabra que pueda perjudicaros. En cuanto á ese gran mundo de que usted me habla, como nunca le he visto no sé sus costumbres, y asi...

CON. Y asi es necesario que las aprendas.

JUL. Enhorabuena; pero ahora hablemos de otra cosa; de mi padre.

CON. Pasaremos á mi gabinete.

JUL. Vamos allá.

CON. Dame tu mano. (*Julian le alarga la mano y estrecha la de su madre.*) No es eso: asi. (*la condesa apoya su mano derecha en la izquierda de Julian, el cual se ve embarazado para andar.*) Es necesario trabajar mucho en tu nueva educacion.

JUL. Si usted hubiera sido educada como yo, se veria en igual caso: la pobre Luisa Lambert no pudo darme otra educacion, y solo se cuidó de formar mi corazon: oh! y eso lo ha conseguido.

CON. Bien, bien; vamos á mi gabinete.

JUL. Vamos. (*se retiran por la misma puerta por donde salió la condesa.*)

ESCENA XII.

BLONDEAU *se presenta en la puerta de enfrente, al mismo tiempo que la* CONDESA *y* JULIAN *salen de la escena.*

Dejémoslos seguir en paz su conversacion, y vamos á advertir á los criados la conducta que deben observar. (*tira de una campanilla y aparece Victor en el fondo.*) Escucha: tú eres un poco insolente, y en esta ocasion te encargo que trates con toda consideracion y respeto á un joven que ha entrado en esta casa con el trage de un hombre del pueblo; ¿entiendes? Cuidado, que ese joven no es lo que parece: no es necesario que tú sepas mas pormenores de este asunto, pero por lo que pueda convenir, sabe que ese joven es el hijo de la señora condesa.

VIC. (*con estrañeza.*) Como!

BLON. Si, es tu amo; adviértelo á los demas criados, y cuidado con lo que haceis.

VIC. Está bien, señor Blondeau.

ESCENA XIII.

VICTOR.

Pues señor, me he lucido; ese joven entra aqui con todas las trazas de un hombre ordinario, y le trato como debe tratarse á esas gentes; y ahora salimos conque es nada menos que el conde de Vernange? Lo único que me falta es, que mi insolencia llegue á oidos de la condesa, y entonces, es seguro que pierdo mi plaza. Pero aqui viene el conde; procuraré enmendar mi torpeza.

ESCENA XIV.

ROSSIGNOL, VICTOR.

ROS. Ya he concluido mi trabajo. (*repara en Victor.*) Ola! ¿estás ahi? (*Victor le saluda con respeto.*) Me alegro de encontrarte; ya traerá la cuenta el maestro; pero á mi ¿quién me dá para beber?

VIC. Seguramente está de buen humor. (*riendo.*)

ROS ¿Qué es eso? No me contestas?

VIC. (*con aire respetuoso.*) Señor, ruego á usted que me perdone, si antes pude faltarle al respeto, pero como yo ignoraba su elevada clase.....

ROS. ¿Qué diablos estás diciendo? ¿Quieres burlarte de mi? Pues mira que si me apuras mucho el sufrimiento... (*amenazándole.*)

VIC. Señor conde, no hago otra cosa que cumplir con mi deber; el señor Blondeau me ha informado...

ROS. Ola! ese farsante te ha encargado que te diviertas á mi costa?

VIC. Me ha dado sus instrucciones, y debo cumplirlas.

ROS. Si? conque ¿tanto tú como él quereis anticipar la época del carnaval? Pues como continúes, te hago pagar por los dos.

VIC. Espero que el señor conde no querrá que yo pierda mi plaza, y evitará que la señora condesa llegue á saber...

ROS. Bribon, sigues todavia? (*se adelanta hácia Victor amenazándole, á tiempo que sale Julian y le detiene por un brazo.*)

ESCENA XV.

Los mismos, JULIAN.

JUL. Qué es eso, Rossignol?

ROS. Déjame escarmentar á este bribon, que hace mas de una hora que se está burlando de mi, llamándome señor conde y haciéndome cortesias: márchate. (*á Victor que se retira inmediatamente.*) Yo, señor conde! Como tú! (*riendo.*)

JUL. Ojalá no fuera verdad!

ROS. Eh?

JUL. Desde que ayer nos separamos han sucedido cosas bien raras, y que te contaré mas despacio. Por ahora solo te digo, que Luisa Lambert no es ya mi madre, y que soy hijo de la condesa de Vernange.

ROS. ¿De la condesa de Vernange?

JUL. Te asombras? No me sucede á mi menos.

ROS. Y ese criado, equivocándome contigo, me

llamaba señor conde; pero no puedo comprender..... ¿es que te cambió la nodriza?

JUL. No, me abandonó, y entonces fui recogido por mi buena Luisa Lambert, á quien nunca dejaré de llamar madre.

ROS. Y ahora encuentras á la que es tu verdadera madre, y con ella supongo que tambien habrás encontrado á tu padre.

JUL. No; mi padre ha muerto. Es historia larga y te la contaré... en cuanto la sepa, porque aun no la sé yo mismo; ahora lo que quiero es hablar contigo, porque ya deseaba desahogarme.

ROS. Pero de hoy en adelante, no seremos tan amigos.

JUL. Oiga! y por qué?

ROS. Antes, cuando los dos éramos carpinteros, podiamos ser amigos; pero ahora, tú conde y yo un pobre artesano, estamos separados por la fortuna, á no ser que esta me favoreciera hasta el punto de hacerme encontrar una madre, que fuera una gran señora, y entonces igualando mi clase á la tuya, podiamos volver á nuestra antigua amistad.

JUL. Te estoy oyendo y no lo creo, Rossignol; eres un ingrato: ¿cuándo te he dado motivo para que me trates asi? Mi nueva fortuna puede servirme para hacer la felicidad de la buena Luisa Lambert, la tuya y la de Dionisa. Y cuando este pensamiento me trastorna de alegria, me dices que ya no podemos ser amigos, como si el conde de Vernauge no fuera la misma persona de Julian el carpintero!

ROS. (*apretándole la mano.*) Bien, Julian; los hombres nunca deben olvidarse de sus amigos; un título y riquezas son nada si el que los posee no cuenta ademas con el cariño de sus semejantes; entre nosotros no debe existir esa distincion de nobles y plebeyos.

JUL. Nosotros seremos siempre lo mismo el uno para el otro. Ahora hablemos de otra cosa Has de saber que me encuentro en un apuro. Cuando me ví delante de la condesa, no sabia cómo hablarla ni qué decirla: ella me llamó hijo, me abrió los brazos, pero me ha hablado solo de nobleza, de fortuna, de maneras, de alta sociedad... ¿qué sé yo? No halla buenas mis costumbres, y dice que necesito variarlas para entrar en el gran mundo, cosa que á mi no me hace maldita la falta; asi se lo he manifestado todo, añadiendo que no tengo intencion de variar mis inclinaciones; ella se puso muy seria, é iba á hablarme, pero la interrumpí levantándome y diciéndola, que deseaba ver á mi antigua madre, á quien siempre querré como hasta aqui, pues el obrar de otro modo seria una ingratitud. Ahora que puedo manifestarla mi cariño, te aseguro que conocerá lo que es para ella su hijo Julian.

ROS. A no ser que tu nueva fortuna te haga variar como á otros muchos.

JUL. ¿Vuelves otra vez?

ROS. No, pero...

JUL. ¿Qué?

ROS. Ayer bebimos juntos, y hoy no consentirás en beber conmigo una botella de vino.

JUL. El mejor medio de hacerte ver tu equivocacion, es ir contigo.

ROS. ¡Cómo! consientes?

JUL. Vamos, te digo...

ROS. Vamos allá. (*al salir por el fondo tropieza con Victor, á quien echa á un lado diciéndole.*) Atrás; el conde y yo vamos á beber.

ESCENA XVI.

VICTOR, BLONDEAU, DIONISIA.

VIC. Pues el amigo del conde gasta unos modales poco finos! Y yo que le he tratado como si fuera efectivamente mi amo .! Ya, pero como el señor Blondeau no se tomó el trabajo de esplicarme.....

BLON. (*por la puerta de la izquierda.*) ¿Se han marchado?

VIC. Si señor.

BLON. Retirate. (*Victor se retira.*) Ya puedo hacerla entrar. Por aqui, señorita, por aqui. (*Dionisia entra por la misma puerta.*) Ya he dicho á usted que la señora condesa se interesa por su suerte; pronto verá usted á la persona á quien trato de presentarla.

DIO. Pero Fermin me ha dicho que solo venia á cobrar el importe de una cuenta.

BLON. Ese ha sido un pretesto. La condesa trata de proponerle á usted un matrimonio.

DIO. ¿Un matrimonio? Esa señora me honra demasiado con su proteccion, pero no puedo aceptarla, porque mi mano está comprometida.

BLON. El matrimonio que la señora condesa propone á usted, le presenta grandes ventajas. Se trata de un joven muy rico.

DIO. El que yo amo es un artesano tambien; nos hemos criado juntos; su madre lo ha sido mia, porque soy huérfana desde la infancia; en él he encontrado siempre un hermano, y ambos estamos unidos por un juramento que nada podrá romper.

BLON. Es que ese matrimonio es imposible, señorita.

DIO. ¿Qué dice usted?

BLON. Imposible, lo repito; usted ignora el cambio de la posicion de Julian, que actualmente posee una brillante fortuna?

DIO. Y usted cree que ese cambio puede causar variacion en el corazon de Julian?

BLON. Por fuerza; su nueva clase le impone deberes que cumplir, y el primero será renunciar á ese matrimonio con usted; ahora bien, podeis hacer otra eleccion ventajosísima. (*Fermin entra por el fondo.*) He aqui precisamente... acérquese usted, señor Fermin; el interés que toma por usted la señora condesa, debe vencer todas las dificultades que se han opuesto á este matrimonio; y en cuanto á usted, señorita, espero que en hablando con la señora condesa se convencerá...

ESCENA XVII.

Los mismos, FERMIN.

DIO. Ya veo, señor Fermin, para qué me ha hecho usted venir á esta casa: seguramente ha creido que el respeto que debo á esta señora, podria tener sobre mi la influencia necesaria para hacer que mude de pensamiento.

FER. Señorita, no estrañe usted que procure por todos los medios posibles.....

BLON. La madre del señor Fermin le cederá su almacen; esta es para usted una colocacion brillantísima.

FER. La colocaremos al frente de nuestro establecimiento.

DIO. Semejantes proposiciones no merecen respuesta.

ESCENA XVIII.

Los mismos, JULIAN *y* ROSSIGNOL *que aparecen en el fondo.*

BLON. Pero señorita, reflexione usted las ventajas que este enlace le presenta.

DIO. Que poco conoceis mi caracter! Varios son los medios que se han empleado para hacerme renunciar á Julian, pero todos han sido inútiles; lo he jurado, y no será de otro que de él mi corazon.

JUL. (*colocándose entre Dionisia y Blondeau.*) Bien dicho. Gracias, señor Blondeau, por el interés que os tomais en la suerte de Dionisia, pero ese es asunto que nosotros tenemos arreglado hace mucho tiempo. En cuanto á usted, señor Fermin, debemos ajustar cuentas los dos.

FER. No sé lo que dice usted.

JUL. Demasiado lo sabe.

ROS. Y yo tambien. Usted ha dicho á la señora Luisa, á esta señorita, á nuestro maestro y á todo el que ha querido oirlo, que Julian y yo somos disipadores, que mi amigo habia retirado sus economias de la caja de ahorros, y otros mil cuentos; con los cuales creia usted poder conseguir su pretension.

JUL. Calla, Rossignol, conmigo es con quien debe entenderse el señor Fermin.

FER. Cuando usted guste; ¿cuáles son sus armas?

DIO. ¡Ah! (*asustada.*)

JUL. Mis armas? No sé manejar ninguna, pero no importa, elija usted las que guste.

BLON. (*á Julian.*) Como! un desafio? Y se atreve usted...

DIO. (*cogiendo á Julian por un brazo.*) Julian! por Dios.....

ROS. Déjenlo ustedes salir, ó salgo yo por él.

BLON. (*deteniéndole.*) ¿Vais á dar un escándalo?

ROS. (*bruscamente.*) Con usted no va nada.

JUL. (*á Fermin.*) No estraño que usted haya procurado conquistar el corazon de Dionisia; pero para ello se ha valido de medios inícuos é indignos de un hombre honrado.

FER. (*alterado.*) Señor Julian....

JUL. Respeto la casa en que estamos, y por eso no doy á usted ahora mismo una leccion; pero ya nos veremos en otra parte, y entonces nos entenderemos mas despacio.

ROS. Y conmigo tambien.

JUL. Dionisia, ven á casa de nuestra madre.

BLON. (*tratando de detenerle.*) Como! se marcha usted con esa joven?

JUL. (*impaciente.*) Eh! déjeme usted en paz; esta ha de ser mi mujer, aunque se empeñe en lo contrario el universo entero. (*Julian sale por el fondo llevando del brazo á Dionisia; Blondeau quiere seguirle, pero le detiene Rossignol.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Luisa Lambert.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.

No puedo acostumbrarme á tanta soledad; me parece un sueño lo que por mi está pasando: feliz en medio de mi escasa fortuna, el órden, la economia, el amor al trabajo, bastaban para satisfacer nuestras necesidades, y cuando me creia dichosa, cuando próxima á la vejez necesito mas que nunca de los consuelos de mi hijo, le pierdo para siempre! Ya no veré mas á mi lado al que debia cerrar mis ojos! Pero alguien se acerca. (*Blondeau entra por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

LUISA, BLONDEAU.

BLON. Vengo á tranquilizaros, señora Luisa; la condesa de Vernange me ha encargado os diga, que no olvidará nunca lo que habeis hecho por su hijo; y que tan luego como sea sentenciado el pleito de que pende su fortuna, asegurará la de usted, si el fallo le es favorable.

LUI. Gracias, señor Blondeau; nada me debe la condesa; bastante pagada me considero con el placer de haber educado á Julian.

BLON. Bien; dejemos este asunto, que la condesa sabrá como debe obrar; ahora tengo que hablar con usted de otra cosa.

LUI. Diga usted.

BLON. Se trata de su sobrina de usted, de la señora Dionisia

LUI. Ya supongo lo que quereis decirme. La condesa de Vernange no podrá mirar con indiferencia el que su hijo dé su mano á una pobre; pero me parece que Julian pensará de distinto modo.

BLON. Cree usted que se niegue á cumplir los deseos de su madre? Ademas, yo espero que usted...

LUI. Nada puedo hacer en este asunto. Si en el corazon de Julian he podido tener alguna influencia, ha sido la de la amistad, y todo lo que él deseaba, lo deseaba yo tambien. Julian y Dionisia se aman hace mucho tiempo, y la señora condesa, con sus negativas, va á causar la desgracia de ambos.

BLON. Si yo consultase mi corazon, pensaria tal vez como usted; pero soy enviado de la condesa, y mi sensibilidad está subordinada á sus intereses.

ESCENA III.

Los mismos, DIONISIA.

BLON. Pero aqui está la amable Dionisia, quien no dudo será mas razonable.

DIO. Crei encontrar á Julian.

BLON. No, señorita; desde ayer no ha salido de casa de su madre.

LUI. ¡De su madre!

DIO. Sin duda debe usted verle?

BLON. Tal vez, antes de una hora.

DIO. Pues bien; asi me evitará una escena penosa; usted se encargará de decir en mi nombre á Julian, que renuncio á su mano, y que le suplico oiga la voz de su madre y de la razon. Para tranquilizarle, puede usted decirle, que jamás seré de otro; que permaneceré al lado de mi tia, ocupando su lugar, y que nunca me olvidaré de su amor; dígale usted, en fin, que este sacrificio me cuesta muchas lágrimas, pero que lo hago por su felicidad.

BLON. Pues si voy á decirle todo eso, es sin duda el mejor medio de no conseguir lo que se desea.

ESCENA IV.

Los mismos, JULIAN *que entra antes de que* BLONDEAU *concluya de hablar; su trage es elegante; en su semblante se nota alteracion.*

JUL. Y ¿qué es lo que se desea?

LUI. (*mirándole asustada.*) Dios mio! ¿qué tienes, Julian? Estás malo?

JUL. (*á Blondeau.*) Nada; usted ha venido á turbar mi reposo, mi felicidad; yo era dichoso en mi estado, rodeado de aquellos á quien he amado toda mi vida, y ahora quieren imponerme nuevos deberes, una nueva vida. Tengo una nueva madre, bien, yo la respetaré, pero tambien respetaré á esta. (*cogiendo la mano de Luisa.*) Amaré á las dos. Y si la condesa de Vernange quiere contrariar mis inclinaciones... tengo veinte y ocho años, y ya no necesito que nadie guie mis pasos.

LUI. Por Dios, Julian, no digas eso; me harás morir de tristeza!

DIO. Vas á causar nuestra desgracia.

BLON. No creo que haya motivos para hablar asi, ¿qué le ha sucedido á usted?

JUL. Esta mañana entré en el gabinete de mi madre, que por desgracia no estaba sola. Asi que me vió se acercó y me presentó á los que estaban en su compañia, diciéndoles: «este es mi hijo, señores.» «Conque, ¿este es nuestro primo?» preguntó con tono burlon un hombre gordo, en cuyo rostro estaba retratada la insolencia. Ya iba á contestarle, cuando me detuvo una mirada de mi madre; levantóse con aire petulante, y comenzó á mirarme con la mayor atencion; entonces, cansado al ver su risita burlona, le dije: caballero, no tengo el honor de conocer á usted; hágame el favor de dejarme en paz. «Mis palabras encerraban tal energia, que mi madre para disculparme añadió: Perdonadle, conde, aun no conoce las costumbres de nuestra sociedad,» á lo cual le replicó el conde: «Creo que nunca llegará á conocerlas;» acompañando á sus palabras cierto aire sarcástico, que me hizo alzar el brazo para castigar su insolencia, pero volvió á contenerme la mirada de mi madre. En esto nuestro hombre se retiró diciendo: condesa, nada tenemos que hablar; es asunto arreglado; y al salir me dirigió una de esas miradas de desprecio, que llegan al alma; mas yo le juro que le buscaré.

BLON. No piense usted en semejante cosa; sin duda una mala inteligencia le hace sospechar asi del conde de Eristel, pues este es quien usted ha visto en casa de su madre.

JUL. Y ¿qué tengo yo que ver con ese conde?

BLON. Es el pariente mas inmediato de su familia.

JUL. Pues me he lucido con mi pariente!

BLON. El conde tiene una hija á quien desea casar.

JUL. Que la case enhorabuena.

BLON. Su madre de usted espera arreglar ese matrimonio.

JUL. ¿Cómo?

BLON. Con usted.

JUL. ¿Conmigo? He aqui la razon de porque mi madre rehusaba esplicarse esta mañana, y el empeño que manifestaba en hacerme renunciar á unirme con Dionisia. Ya la he dicho que no deseo otra cosa que hacer su felicidad, pero que tambien es justo que ella no se oponga á la mia... Y ahora me dice usted que se trata de casarme con una joven á quien ni de vista conozco?.. Ah! Cuanto mas dichoso era en mi antiguo estado, que vistiendo este elegante frac, el cual me obligan á poner para presentarme á mi madre, y á esa sociedad que parece dispensarme un honor en burlarse de mi.

BLON. Usted se acostumbrará con el tiempo.

JUL. (*bruscamente.*) O no me acostumbraré.

DIO. Calma esa agitacion, Julian; te lo suplico.

LUI. Quieres hacernos padecer!

JUL. Lo que yo quiero es, que sean ustedes felices, y serlo yo tambien.

LUI. Pues bien ahora exijo de ti un pequeño favor, que espero no me rehusarás; yo te he criado, es cierto, pero esa señora te ha dado el ser, y tiene tales derechos á tu amor, cual no dejas de conocer. Si te exije algun sacrificio, es solamente por tu bien. Vamos, Julian, vuelve al lado de tu madre, y haz cuanto ella te mande; nosotras seremos felices con saber no nos olvidas... y si alguna vez quieres venir á visitarnos!...

DIO. Si, Julian; no nos olvides, y ven á vernos alguna vez.

JUL. ¿Qué estais diciendo? Ustedes tienen que vivir á mi lado.

LUI. Eso es imposible, Julian; no podria abandonar esta pobre habitacion, donde te he criado, y donde á cada momento se me figura ver como dabas tus primeros pasos; donde nos entretenian tus juegos cuando niño, y donde ya mayor, trabajabas para atender á nuestra subsistencia; y si algun dia el Señor quiere llamarme á si, espero que tú y Dionisia cerrareis mis moribundos ojos... no es cierto?

JUL. (*enternecido.*) Por favor, madre mia, no hablemos de eso; jamás nos separaremos!

LUI. Es preciso, Julian, y si mis ruegos no bastan á decidirte, te lo exijiré.

JUL. Usted no puede pedirmelo.

LUI. Lo haré, y espero me obedecerás; jamás te has negado á hacer lo que he exijido de ti.

JUL. Porque nunca me habeis pedido imposibles.

DIO. Julian, sé razonable; tu casamiento conmigo, ¿qué puede producirte? Nada; y el que te se propone, te enlaza con una ilustre familia.

LUI. Tu madre, al ver la obstinacion que manifiestas, creerá que es causada por nosotros, y pensará que queremos robarle tu cariño. Oh! esta idea la haria desgraciada. Largo tiempo

se ha visto privada de tus caricias, y es justo que ahora procures complacerla.

JUL. Pues bien, accedo á todo, menos al matrimonio con la hija del conde; manifestaré á mi madre que no pienso casarme por ahora, y al cabo de algun tiempo todo se arreglará; volveré á su casa, y ustedes seguirán viviendo en esta, pero con una condicion, todos los dias hemos de vernos, y abrazarnos como ahora. (*abrazando á las dos.*)

DIO. (*llorando.*) Basta, Julian, basta.

BLON. (Cuanta virtud! Sin querer me van enterneciendo!)

LUI. Vamos, tranquilizate; todos los dias nos veremos, y en sabiendo que no nos olvidas, seré feliz. Ah! no me acordaba; ayer trageron para ti esta carta. (*dándole una carta que estaba sobre la mesa.*)

JUL. (*tomando la carta y leyendo el sobre.*) No conozco la letra.

LUI. Te dejamos con el señor Blondeau. (*acercándose a este le dice en voz baja.*) Procure usted hacerle entrar en razon; Dionisia y yo solo deseamos su felicidad.

BLON. Es usted una escelente mujer, señora Luisa.

LUI. Ven conmigo, Dionisia.

DIO. A Dios, Julian.

JUL. ¿Cómo á Dios? Aun hemos de vernos otra vez; hasta luego. (*Luisa y Dionisia se retiran por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

JULIAN, BLONDEAU.

JUL. (*leyendo la carta.*) Ola, ola! Si creerá que me va á causar miedo?

BLON. ¿Qué es eso?

JUL. Nada; una carta de desafio.

BLON. ¿De desafio?

JUL. Si señor; Fermin, que me pide una satisfaccion con las armas, porque dice que ayer le insulté en casa de mi madre. Afortunadamente no está lejos de aqui y en dos minutos.....

BLON. Cómo es eso, trata usted de llevar á cabo...

JUL. Al momento.

BLON. Pero sin conocer el manejo de ninguna arma! Eso seria una temeridad!

JUL. Es cierto; pero el que tiene razon y es valiente, sabe defenderse.

BLON. Reflexione usted....

JUL. Todo lo he previsto. Lo que siento es no haber recibido antes esta carta; Fermin no tardará en llegar al sitio que me cita, y no quiero que me espere, sino esperarle yo. Con que, á Dios, señor Blondeau.

BLON. (Qué idea!) Usted necesita un padrino; yo puedo ir.... (Asi evitaré el duelo.)

JUL. Gracias, pero no hay necesidad; al paso me llevaré á Rossignol, si le encuentro, y si no, iré solo.

BLON. Pero señor Julian...

JUL. Es inútil cuanto usted me diga... Señor Blondeau, (*apretándole la mano.*) espero que sabrá usted guardar el mas profundo silencio? (*sale por el fondo.*)

ESCENA VI.

BLONDEAU.

Este joven me interesa mas de lo que yo mismo podia esperar; la naturaleza ha hecho en él lo que en otros no puede hacer la mas esmerada educacion; tiene sentimientos que honrarian á un príncipe. Pero este desafio!.... Si sale herido, quién escucha á la condesa? Cuanto mejor no le seria casarse con la condesa de Eristel, que no batirse por los lindos ojos de la señorita Dionisia... He aqui lo que es la juventud de estos tiempos; por el asunto mas frivolo, dos hombres arriesgan su vida, como si el dispararse dos pistoletazos, ó el darse cuatro estocadas, los dejaran en mejor posicion! Pero estoy perdiendo un tiempo precioso... Voy á ver si puedo alcanzarlos. (*va á salir á tiempo que aparece la condesa por el fondo.*)

ESCENA VII.

BLONDEAU, *la* CONDESA.

BLON. (*sorprendido.*) Vos aqui, señora condesa? Viene usted en busca de su hijo?

CON. No. Deseo ver á esta familia para saber si Julian...

BLON. Ya he visto que ha conseguido usted hacerle mudar de trage; pronto lo haremos de maneras...

CON. Si supiera usted lo que ha pasado!

BLON. Su hijo de usted me lo ha contado.

CON. Ese matrimonio hubiera tranquilizado á mis acreedores...

BLON. El conde consiente al fin?

CON. Si; antes de ver á mi hijo estaba decidido; mas se me figura que hemos apresurado mucho la primera entrevista, la cual no debia haberse verificado hasta pasado algun tiempo.

BLON. Sin embargo; yo creia necesaria esa entrevista, antes de que su hijo de usted supiese toda la importancia del asunto. Aun ignora que vuestra fortuna depende de ese matrimonio.

CON. Pues es necesario que lo sepa.

BLON. Sin duda; espero que seducido por la idea de enlazarse con una ilustre familia, casándose con su prima, olvide unos amores, que están por desgracia tan arraigados en su corazon.

CON. En eso se parece á su padre.

BLON. Y si llega á casarse con Dionisia, su fortuna de usted es perdida, porque las sesenta mil libras de renta le pertenecen á él solamente.

CON. Y ¿qué hemos de hacer?

BLON. Ese maldito pleito debe ser sentenciado hoy mismo, y el conde no se dormirá si el proyectado matrimonio no se verifica.

CON. Señor Blondeau, vaya usted á la audiencia á informarse del fallo del tribunal. Aun tengo esperanzas de que me dareis buenas noticias.

BLON. Ojalá sea asi; señora condesa, la dejo á usted por poco tiempo; ahi dentro están Dionisia y su tia. (*saluda, y sale por el fondo.*)

ESCENA VIII.

CONDESA, *á poco* ROSSIGNOL.

CON. ¡Que posicion tan triste la mia! Si ese pleito se pierde, mi ruina es segura; entonces mi suerte depende de la voluntad de mi hijo.

ROS. (*entrando sin ver á la condesa, que queda pensativa durante unos instantes.*) Julian! ¿dónde

diablos andará? Hace mas de una hora que lo busco, y no puedo dar con él: aqui le esperaré. (*va á sentarse, y al mismo tiempo repara en la condesa.*) ¿Quién es esta señora? Calla, es la condesa; no sé como entablar conversacion con ella; no me mira. (*tose.*) Perdone usted, señora.

CON. (¿Quién será este hombre?)

ROS. Ayer he tenido el honor de trabajar en casa de la señora condesa... Usted sin duda vendrá á preguntar por mi para pagarme aquella pequeñez; eso no corria prisa, y podia usted haberlo llevado á mi maestro cuando hubiese querido.

CON ¿Puedo saber quien sois?

ROS. Rossignol, oficial de carpintero, y amigo de Julian, su hijo de usted.

CON. Amigo de mi hijo?

ROS. Si, señora, su amigo intimo; nunca nos hemos separado ni en el trabajo ni en nuestras diversiones.

CON. (*levantándose.*) Siendo usted tan amigo de Julian, sabrá todos sus secretos.

ROS. Perfectamente, como que entre los dos nada hay oculto.

CON. ¿Podria usted decirme?..

ROS. Cuanto usted quiera.

CON. Yo deseo saber si el corazon de Julian...

ROS. Es todo de usted? Hará cuanto le digais, menos una cosa; olvidar á Dionisia.

CON. Ya lo veo; mi ruina es segura, no casándose con la hija del conde de Eristel.

ROS. Como, señora! usted se arruina si no se casa con la señorita de Eristel? Entonces yo no puedo consentirlo, y lo evitaré.

CON. Cómo?

ROS. Si señora; Julian no quiere casarse con la hija del conde porque está enamorado de Dionisia, pero yo no estoy enamorado de ninguna, y quiero dar á usted y á Julian una prueba de amistad; no conozco á esa joven, pero no importa; diga usted al conde de Eristel que su hija tiene ya marido; yo me caso con ella.

CON. Usted?

ROS. Me parece que en esto doy á Julian una prueba de amistad. Digo, casarse con una mujer á quien no se conoce!

CON. No creo que la amistad que tiene con mi hijo, le autorice para hablarme de esa manera.

ROS. No acomoda mi proposicion? Tanto mejor; soltero me quedo, y por mucho que usted pierda conque Julian no se case con esa señorita, mas perderia yo casándome con ella.

ESCENA IX.

Los mismos, JULIAN, *que entra por el fondo con una venda en la mano derecha.*)

ROS. (*yendo hácia Julian.*) Llegas á buen tiempo, Julian; aqui tienes á tu madre; yo queria haber arreglado con ella un asunto que te toca muy de cerca, pero no ha admitido mis proposiciones. Los dejo á ustedes por unos momentos; espérame, que pronto vuelvo.

ESCENA X.

CONDESA, JULIAN.

JUL. ¿Usted aqui, señora?

CON. He querido ver la casa en que mi hijo ha pasado sus primeros años. Pero, ¿qué tienes? Estás herido?

JUL. No es nada, trabajando...

CON. ¿Cómo, trabajando?

JUL. Si; he pasado por mi antiguo taller, no pude contenerme, y entré; empecé á trabajar un poco, y me lastimé esta mano; pero no hablemos de esto, sino de usted; he salido esta mañana sin despedirme....

CON. Una madre está siempre dispuesta á olvidar cualquier falta de su hijo, y ya no me acuerdo de lo que pasó esta mañana.

JUL. Luisa tambien era muy indulgente conmigo.

CON. Yo lo seré tanto... ó mas que ella, y te amaré, como á mi hijo; antes de conocerte, ya te amaba, Julian.

JUL. Y ahora? Tal vez se haya enfriado vuestro cariño, no es verdad? Ya se vé, mis modales son tan contrarios á los de usted...

CON. Eso puede remediarse fácilmente.

JUL. No lo crea usted; todos los hombres, cualquiera que sea su educacion, pueden tener sentimientos honrados, nobles; pero los usos del mundo, las costumbres de la alta sociedad, eso no se adquiere tan facilmente.

CON. Y ¿no harás un pequeño sacrificio para asegurar la felicidad de toda mi vida?

JUL. Señora, si usted estuviera en posicion de necesitar de mi, yo trabajaria dia y noche para conseguirlo; pero por mi desgracia es usted rica y de nada necesita.

CON. Te engañas, Julian; mi fortuna depende de ti.

JUL. ¿De mi?

CON. Escucha; los bienes que heredé de mi familia son muy escasos, y mis deudas muy considerables. Tu padre, al morir, dejó una fortuna inmensa, de la cual eres el único heredero.

JUL. El único?

CON. Si, hijo mio; tus rentas ascienden á sesenta mil libras cada año, mientras que yo nada poseo.

JUL. Sesenta mil libras de renta! Y dice usted que nada posee? Pues yo, ¿para que quiero tanto dinero? Usted nada necesita; ahora puedo poner un gran taller y adquirir un nombre en mi oficio...

CON. Pero Julian, te olvidas de que perteneces á una familia ilustre, y que eres el heredero de su titulo?

JUL. Y aun cuando sea el heredero de ese titulo, ¿no puedo hacer lo que me parezca con mi dinero?

CON. Es necesario conservar el rango de nuestra posicion. (*oyénse pasos fuera.*) ¿Quién ocasiona tanto ruido?

ESCENA XI.

Los mismos, ROSSIGNOL *que entra por el fondo muy agitado; la primera palabra la dice en voz alta antes de salir á la escena, entonces entran por la derecha* DIONISIA *y* LUISA.

ROS. Julian, el señor Carlos, nuestro maestro, ha suspendido su pagos, porque está arruinado, y van á llevarle á la carcel por sus deudas.

JUL. No le llevarán; yo pago á todos sus acreedores, y ademas, como el pobre Carlos es ya viejo y necesita retirarse, compro su taller y te lo regalo, Rossignol.

ROS. (*sorprendido.*) A mi?

JUL. Si, y cuando vaya á visitarte, entonces recordaremos nuestros primeros años.

CON. Hijo mio, esos sentimientos son dignos de ti.

ROS. Gracias, hermano mio!

DIO. Pero qué tienes, Julian? Estás herido?

JUL. No es nada; he dado una leccion á Fermin, cuyo florete me arañó un poco en esta mano.

CON. Como! Un desafio!

JUL. Madre mia, pensemos en nuestro porvenir.

CON. Señora Luisa, Julian os honra sobremanera; espero manifestaros todo mi agradecimiento.

LUI. Ah! es usted la señora condesa de Vernange, la madre de mi hijo... de Julian?

JUL. Si, de su hijo de usted; madre mia, divida ese título con ella; antes tenia una madre, ahora tendré dos.

ESCENA XII.

Los mismos, BLONDEAU.

BLON. Señora, vengo de la audiencia; esperaba traer á usted buenas noticias, pero su pleito con el conde de Eristel, se ha perdido.

CON. Estoy arruinada!

JUL. Arruinada? Pues no poseo sesenta mil libras de renta? Las disfrutaremos juntos; mi matrimonio con Dionisia se verificará al momento, y ya vereis cuan felices somos.

DIO. Cómo! Julian! ¿Será verdad?

JUL. Si, Dionisia mia; el conde de Eristel puede casar á su hija con quien le parezca, pues mi corazon y mi mano son para ti.

ROS. Bien, Julian; sé siempre el mismo, y todos te apreciarán.

CON. Hijo mio, ya es hora, y debemos retirarnos á nuestra casa.

JUL. Nos iremos todos, madre mia, y alli reunidos celebraremos el matrimonio del nuevo conde de Vernange, que nunca se olvidará, *de Julian el carpintero.*

FIN.

Madrid, 1848.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,

Calle del duque de Alba, n. 13.

Jer. No le llevarán; yo pago á todos sus acreedores, y además, como el poder Carlos es ya viejo y necesita retirarse, compro su tallar y le lo regalo, Bossignol.

Bos. (sorprendido.) A mí?

Jer. Sí, y cuando vaya á visitarle, entonces recordaremos nuestros primeros años.

Car. Hijo mio, esos sentimientos son dignos de ti.

Bos. Gracias, hermano mio!

Bio. Pero que tienes, Juliana? Estás herida!

Jer. No es nada; he dado una leccion á Fermin, cuyo llorete me arrebató un poco en esta mano.

Car. Como! Un desafio!

Jer. Madre mia, pensemos en nuestro porvenir.

Car. Señora Luisa, Juliana os honra sobremanera; espero manifestaros todo mi agradecimiento.

Jer. Ah! es usted la señora condesa de Verrangue, la madre de mi hijo... de Juliana?

Jer. Sí, de su hijo de usted; madre mia, divida ese título con ella; antes tenia una madre, ahora tiene dos.

ESCENA XII.

Bior. Señora, vengo de la audiencia; esperaba traer á usted buenas noticias, pero su pleito con el conde de Cristel, se ha perdido.

Car. Estoy arruinada!

Jer. Arruinada? Pues no posee seiscientas mil libras de renta? Las disfrutaremos juntos; mi matrimonio con Dionisia se verificará al momento, y ya vereis cuan felices somos.

Bio. Como! Juliana! Será verdad?

Jer. Sí! Dionisia mia; el conde de Cristel puede casar á su hija con quien le parezca, pues mi corazon y mi mano son para ti.

Bos. Bien, Juliana; se siempre el mismo, y todos te aplaudirán.

Car. Hijo mio, ya es hora, y debemos retirarnos á nuestra casa.

Jer. Nos irémos todos, madre mia, y allí reunidos celebraremos el matrimonio del nuevo conde de Verrangue, que nunca se olvidará, de Juliana el cargadero.

FIN.

Madrid, 1848.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LA ROSA.

Calle del Aguas de Alba, n. 13.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramàtica.

TRADUCCIONES.

EN UN ACTO.

D. Canuto el estanquero.
El paje de Woodstock.
La Barbera del Escorial.
El derecho de primogenitura.
Un buen marido!
La vida por partida doble.
Percances de la vida.
El maestro de escuela.
La hija del bandido.
La muger eléctrica.
El confidente de su muger.
La viuda de 15 años.
La pupila y la péndola.
Mas vale tarde que nunca.
La cocinera casada.
Tom-Pus, ó el marido confiado.
Dos contra uno.
El marido de la Reina.
Con todos y con ninguno.
Perder y ganar un trono.
El hijo de mi muger.
Inventor, bravo y barbero.
Un cuarto con dos camas.
Muerto civilmente.
—El doctor Capirote.
—Los dos maridos.
—Amante y hermana á un tiempo.
El mudo por compromiso ó las emociones.
Un Juan Lanas.
Las camaristas de la Reina.
—Una muchachada.
El usurero.
Una cabeza de ministro!
El raptor y la cantante.
Una noche á la intemperie.
Memorias de dos jóvenes casadas.
Un diablillo con faldas.

EN DOS ACTOS.

El rey de los criados y acertar por carambola.
La hija de mi tio.
César, ó el perro del castillo.
Un pariente millonario.
Los soldados del rey de Roma.
La modista alferez.
Un avaro.
El lazo de Margarita.
El Guarda-bosque.
El diablo nocturno.
Un casamiento con la mano izquierda.
Un padre para mi amigo.
La protegida sin saberlo.
Una broma pesada.
El Corregidor de Madrid.
El caballero de Griñon.
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitan Mendoza.
Un mosquetero de Luis XIII.
El robo de un hijo.
Los pasteles de Maria Michon.
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento.
—Las dos épocas, ó el republicano generoso.
Cuando quiere una muger!!

EN TRES ACTOS.

Mi vida por su dicha.
Un dia de libertad.
La Abadia de Penmarck.
El vivo retrato.
El diablo y la bruja.
Casarse á oscuras.
Deshonor por gratitud.
—La desposada.
El novio de Buitrago.
El guante y el abanico.
Clara Harlow.
Uno de tantos bribones.
Julian el carpintero.
El zapatero de Lóndres.
Los templarios, ó la encomienda de Aviñon.
Reinar contra su gusto.
El tarambana.
Los mosqueteros de la Reina.
Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia.
Luchar contra el destino.
Una cura por homeopatia.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas.
—La boda y el testamento.
No ha de tocarse á la reina.

EN CUATRO ACTOS.

Jorge el armador.
La mano derecha y la mano izquierda.
El doctor negro.
Beltran el marino.

EN CINCO ACTOS.

La hermana del soldado.
Los misterios de París, primera parte.
Idem segunda parte.
Fausto de Underwal.
Los prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre.
Las intrigas de una corte.
El agiotage ó el oficio de moda.
La hermana del carretero.
La Corona de Ferrara.
En la falta vá el castigo.
Las huérfanas de Amberes.
Las colegialas de Saint-Cyr.
—Páris el gitano.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio.
El diablo en Madrid.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeuxe.
La hija del Regente.
El castillo de S. Mauro.
Fuerte Espada el aventurero.
La noche de S. Bartolomé de 1572.
El nudo Gordiano.
—Juana Grey.
La Alqueria de Bretaña.
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia.
Nunca el crímen queda oculto á la Justicia de Dios, 6 cuadros.
Los mosqueteros, id.
El pacto sangriento, ó la venganza corsa, id.
El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, id.
El médico negro, 7 cuadros.
El mercado de Londres, id.
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, en 9 cuadros.

ORIGINALES.

EN UN ACTO.

Paraguas y sombrillas.
La dama en el guarda-ropa.
Ansias matrimoniales.
Perder el tiempo.
Un error de ortografia.
La joven y el zapatero.
La batalla de Clavijo.
Engaños por desengaños.
Una conspiracion.
Tanto por tanto, ó la capa roja.
Un casamiento por poderes.
Estudios históricos.
La posada de Currillo.
Dos y ninguno.
Juí que jembra.

Una actriz improvisada.
—El marinero, ó un matrimonio repentino.
José María, ó vida nueva.
La feria de Ronda.
De Cádiz al Puerto.
Es el demonio!!
El andaluz en el baile.
Un tio como otro cualquiera.
—El cautivo de Lepanto.
El tio y el sobrino.
Ilusiones.
La cantinera.
La ley del embudo.
La Perla sevillana.

EN DOS ACTOS.

En la confianza está el peligro.
Si acabarán los enredos?
Juan de las Viñas.
Mateo el veterano.
El premio grande.
El hermano del artista.

EN TRES ACTOS.

Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes.
El mèdico de su honra.
—Yo por vos y vos por otro!!
Los infantes de Carrion.
La reina Sibila.
Un motin contra Esquilache.
La ilusion ministerial.
Luchar contra el sino.—La sortija del rey.
El coronel y el tambor.
El último amor.
Perder fortuna y privanza.
Hasta los muertos conspiran.
No hay miel sin hiel.
A las máscaras en coche.
Con sangre el honor se venga.
El favorito y el Rey.
La cruz de la torre blanca.
El aventurero español.
La conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon.
—El hombre azul.
El arquero y el Rey.
Desengaños de la vida.
El caudillo de Zamora.
Escarmientos y lecciones.

EN CUATRO ACTOS.

El trapero de Madrid.
El pacto con Satanás.
Valentina Valentona.
A tal accion tal castigo.
El honor de un castellano y deber de una muger.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla.
Azares de una privanza.
El Peregrino.
Una noche en Venecia.
Amante y Caballero.
—El médico de un monarca.
—Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar.
El médico de su honra.

EN CINCO ACTOS.

—El desprecio agradecido.
—A cada paso un acaso, ó el caballero.
Amor y Patria.
Don Juan Pacheco.
La Calderona.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista.
Los dos Fóscaris.
Juan de Padilla, 6 cuadros.
La reina Margarita, en 6 actos.
D. Ramiro.

Nota. *Los títulos que tienen una rayita aun no están impresos, pero lo van siendo sucesivamente.*